

bre, pues su agudeza, ironía y erudición no podían —para entonces— ser características de una mujer:

Tengo para mí que uno de los rasgos característicos de la mujer es su índole vengativa y rencorosa. Nosotras perdonamos, olvidamos a veces, pero siempre nos vengamos, sobre todo cuando se nos ha herido el amor propio. No creo que esto sea malo. La venganza, decían los antiguos, es placer de los dioses; y yo añado: la mujer que no sepa vengarse doblemente no es mujer.



Una crónica de Uriel Ospina, “Montparnasse, un recuerdo melancólico”, escrita en los años cincuenta, acusa un sabor tan de la época, es un adiós a una anciana, antaño modelo de Fujita y Modigliani que mendigaba en los cafés de Montparnasse; con su muerte se cierra el alma y recuerdo de un barrio bohemio. Rocío Vélez de Piedrahíta hace “un relato de la Vuelta a Colombia especialmente escrito para las personas que nunca han montado en bicicleta” y describe las carreteras:

Primero que todo expliquemos qué es una carretera Colombiana [...] aquí llamamos carretera a una trocha que se abre muy lentamente para unir dos pueblos vecinos. Si es un terreno plano, se guincha una faja de seis metros de ancho y queda lista la vía. Si es una montaña, se le hace a la misma un corte zigzagante, dejando eso sí a un lado el precipicio por donde

ruedan constantemente los vehículos en añicos y por el otro un barranco de tierra floja que se derrumba periódicamente.

Manuel Mejía Vallejo hace un irónico y agudo reportaje sobre la Nicaragua de Somoza, Guillermo Cano un homenaje a Álvaro Pachón de la Torre y a Tomás Carrasquilla, pluma afilada y crítica certera; otros recrean el Medellín de antaño con frescura, algunos ofrecen puyas políticas aquí y allá, se suceden recuerdos, homenajes y anécdotas, humor, remembranza y dolor, con plumas lúcidas y estilos diversos. Hay diatribas, peroratas, trivialidades, ejemplos de los periódicos más importantes de nuestro siglo XIX y artículos de los señores de nuestros diarios ya desaparecidos. Más de ochenta artículos para escoger y deleitarse con el periodismo de los antioqueños.

JIMENA
MONTAÑA CUÉLLAR

Académicos obnubilados con el fetiche de la globalización

Globalización y diversidad religiosa en Colombia

Ana María Bidegain Greisling y Juan Diego Demera Vargas (compiladores)
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2005, 430 págs.

En los últimos quince años se ha impuesto en América Latina y en Colombia la moda intelectual y comercial de utilizar el vocablo *globalización* para denominar todos los aspectos de la vida y de la sociedad. Así se habla de la globalización de la economía, de las comunicaciones, de la política, de la cultura, de la información, de la cocina, de la lengua, del trabajo... y de todo lo que

nos podamos imaginar. Con un término tan ligero y carente de sentido como es el de *globalización* —un producto cultural propio de la dominación imperialista—, intelectuales, académicos e investigadores se apresuran a bautizar sus libros, sus encuentros profesionales, sus seminarios, sus cátedras, sin ni siquiera preguntarse sobre la validez epistemológica del vocablo, suponiendo que la globalización no necesita ser demostrada sino que es un hecho indiscutible e irreversible al que tenemos que aceptar como un axioma, o, como dicen sus cultores extremos (tipo Mario Vargas Llosa), como una nueva ley de la gravedad.



Resulta significativo constatar que con la palabra *globalización* ha estado sucediendo en los últimos tres lustros lo que aconteció con la noción de ‘desarrollo’ en las décadas de 1960 y 1970, cuando a gran parte del discurso dominante en la economía y las ciencias sociales se le antepone esa palabreja. Así se hablaba de desarrollo económico, desarrollo educativo, desarrollo cultural, política y desarrollo, cultura y desarrollo, problemas del desarrollo... En la época era casi una obligación referirse al tema del desarrollo para lograr audiencia y recursos en los proyectos de investigación que se realizaran o para tener reconocimiento en los círculos académicos dominantes, tanto en América Latina como en Estados Unidos y en Europa. Pero lo más importante de esa experiencia radicó en que en la realidad nunca alcanzamos algo parecido al desarrollo y, antes por el

contrario, nos hundimos más en lo que el economista alemán, recientemente fallecido, Ander Gunder Frank llamó con mucho acierto el “desarrollo del subdesarrollo”, como muestra del divorcio entre una investigación y un conocimiento social poco relacionado con los problemas reales de América Latina. Por eso, en esas circunstancias los aportes al conocimiento de los problemas del continente se hicieron desde la orilla de los que criticaron todo lo que estaba relacionado con el desarrollismo y enfatizaron, como la teoría de la dependencia, que aquél sólo era la justificación ideológica de las nuevas formas de dominación imperialista que se habían impulsado desde la década de 1950.



Esto es bueno recordarlo porque ahora, en las ciencias sociales en Colombia y en América Latina, estamos asistiendo a un fenómeno similar, si se tiene en cuenta que el uso del término *globalización* para referirse a todo lo que acontece no es tan fortuito, y científico, como se podría creer a primera vista, sino que responde a una nueva forma de imposición cultural, la cual tiene que ver con la renovada hegemonía imperialista irradiada desde los Estados Unidos. Ese proyecto, que seduce a los intelectuales al sur del río Bravo, está acompañado de las conchas migajas que se conceden a los investigadores que acepten el uso de la nueva moda intelectual de la globalización: becas, financiamiento, publicaciones, premios, apoyo institucional y todos los reconocimientos propios del poder intelectual,

siempre y cuando se abjure del análisis crítico de la realidad, que supone el uso de categorías como las de capitalismo, imperialismo, dominación y explotación. Este hecho explica, en gran medida, que ahora el término *globalización* esté en boca de todo el mundo, a pesar de que no se corresponda para nada con la realidad —y más después de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, que puede considerarse como la fecha en que murió, como bien lo dice Justin Rosenberg, la retórica de la globalización— y que no se conozcan las posturas críticas sobre esta moda intelectual, que tanto ha obnubilado a intelectuales e investigadores.

Todas estas consideraciones previas son necesarias para analizar la compilación *Globalización y diversidad religiosa en Colombia*, texto que adolece de todos los problemas mencionados arriba, porque, para comenzar, el título tiene poca relación con el contenido del libro, si se considera que de sus diecisiete artículos solamente tres están directamente relacionados con la temática propuesta, mientras que los otros catorce tratan una diversidad de aspectos, la mayoría de los cuales poco o nada tienen que ver con la pretendida globalización de la religión (una cuestión en sí misma discutible). A manera de ejemplo, es lícito preguntarse: ¿qué tienen que ver cuestiones como la de los gobiernos de la república liberal o de Rojas Pinilla con la globalización? La respuesta es simple: nada, puesto que su lógica explicativa es otra, completamente distinta. Se dirá que para eso se habla de diversidad religiosa en Colombia, la otra parte del título del libro, pero eso no soluciona el problema, porque al relacionar globalización con diversidad religiosa se supone que se consideran problemas actuales, de esta época donde ha emergido eso que se denomina en forma eufemística “globalización”.

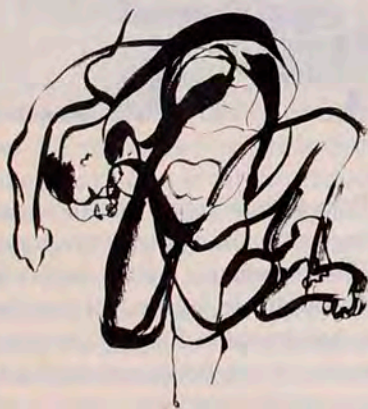
Este tipo de compilaciones, producto de seminarios y de encuentros de “expertos”, se están tornando tan frecuentes en nuestro medio que las mismas están sustituyendo a los libros de autor, en los cuales una per-

sona investigaba en profundidad un tema. No, ahora el problema de la investigación pretende solucionarse con compilaciones que llevan títulos rimbombantes, los cuales no se corresponden en gran medida con su contenido. Esos títulos rimbombantes, acordes, para usar una metáfora religiosa, con los “signos de los tiempos”, pretenden simplemente hacer presentable y vendible un producto en consonancia con lo que está de moda, como es el caso actual del remoquete burocrático de globalización, con lo cual se cree que se soluciona cualquier problema. Que los encuentros académicos convoquen a reflexionar sobre lo divino y lo humano y lo relacionen con la globalización, además de ser una moda, es una forma de conseguir reconocimiento entre una academia cada día más derechizada y proclive a las nuevas formas de dominación, ideológicas y culturales, entre las que se destaca la consecución de recursos de instancias internacionales. Porque, desde luego, una cosa es realizar un seminario en el que se use el mote de globalización (como, por ejemplo, Marte y la globalización, La brujería y la globalización o La estupidez y la globalización) y otra muy distinta efectuar otro donde se utilice el concepto de imperialismo. El primero está de moda y, por su laxitud y su aparente asepsia política, convoca y reúne, mientras que al segundo se le ha decretado, por medio de las bulas neoliberales y globalísticas, como inexistente, porque es comprometedor desde el punto de vista político al estar cargado de sentido y significación. Por supuesto, que con esta lógica difícilmente puede convocarse un certamen de “expertos” en el tema de la religión y bautizarlo con la denominación de *Imperialismo y diversidad religiosa en Colombia*, un título por lo demás mucho más realista para entender algunos de los grandes problemas de la difusión de ciertos credos y religiones en el mundo actual, así como el silenciamiento a sangre y fuego de concepciones religiosas mal vistas, por su compromiso sub-

versivo con los pobres, tal y como ha acontecido con la teología de la liberación.

Que con el vocablo de la *globalización* todo vale y es admitido queda demostrado con el libro que estamos comentando, en el cual se incluyen desde los análisis de caso sobre una Constituyente en Mogotes (Santander) hasta los resultados de una encuesta entre estudiantes universitarios en Medellín, pasando por el cristianismo en Bogotá o la acción de los Testigos de Jehová en Facatativá. No es que estos aspectos no sean importantes y ameriten un acercamiento intelectual, sino que de manera un tanto arbitraria se les incluya en un análisis de la globalización y la religión en Colombia, cuando bien podrían formar parte de un libro completamente distinto sobre la evolución histórica y la situación actual de la religión en nuestro país.

Por estas limitaciones internas del libro que reseñamos, nos vamos a limitar a comentar aquellos aspectos directamente ligados con el tema central, los cuales, hay que decirlo francamente, repiten muchos lugares comunes, como lo veremos enseguida.



Ana María Bidegain, la compiladora, repite algunos de esos lugares comunes en la Introducción, como cuando sostiene que “el espacio de reconocimiento de la diversidad étnica, cultural y religiosa que creó la Constitución de 1991 nos instó a entender el proceso de diversidad religiosa en el nuevo contexto nacional e internacional” (Introducción, pág. 13). Afirmaciones como éstas, propias de un típico *cretinismo*

constitucional, son las que han permitido que en Colombia se generalice la falacia de que evidentemente estamos en un Estado Social de Derecho, cuando esos reconocimientos jurídicos son solamente formales, porque en la práctica cotidiana la imposición brutal del neoliberalismo ha impedido que se pase de la letra a la realidad, o si no véase la forma como han sido tratadas las “minorías” afrocolombianas o indígenas en lo que respecta a sus tierras, o la manera como a diario se vulneran los derechos de trabajadores, campesinos, mujeres pobres, sindicalistas y defensores de los derechos humanos, con miles de muertos, desaparecidos y desplazados de sus tierras. Esta realidad está muy distante del tan pregonado “Estado social de derecho” que en nuestro país debería llamarse más bien Estado social de Derecha.

La misma Ana María Bidegain nos presenta esta otra “brillante” idea: “Al analizar los últimos cincuenta años de la historia de Colombia nos percatamos de que el cambio no se encuentra ni en los partidos políticos, ni en los sindicatos, ni en los movimientos guerrilleros, ni en su estructura socioeconómica, sino principalmente en la transformación religiosa y en sus formas de influencia en la sociedad civil, como ha ocurrido en otros escenarios latinoamericanos” (págs. 14-15). Habría que redactar, de entrada, con un poco más de coherencia, porque no es muy claro eso de que el cambio se encuentra principalmente en la transformación religiosa, sin precisar, para completar, qué se entiende por sociedad civil, otra noción ligera, de esas que se usan de manera indiscriminada en los últimos tiempos. Afirmaciones como éstas, con toda su confusión gramatical, nos conducen, además, a una explicación idealista de la historia en la que las ideas, al margen de las condiciones materiales de existencia, explican las transformaciones sociales. ¿Y dónde quedan, si seguimos esta explicación, los cambios materiales que ha vivido el país en el último medio siglo, entre los cuales sobresalen la urbanización y la disminución rela-

tiva de la población agraria? ¿No sería, entonces, más lógico y serio referirse a estas transformaciones materiales como grandes modificaciones en la estructura social de Colombia que a los fenómenos religiosos, que deberían vincularse y explicarse con referencia a esos grandes cambios estructurales?



Bidegain, líneas más adelante, vuelve a sorprendernos con otro “rutilante descubrimiento”, al señalar que “el gran esfuerzo realizado por la jerarquía católica, su actuación como mediadora en las diversas fases y procesos de paz y su *insólita* defensa de los derechos humanos —si tomamos en cuenta la historia del catolicismo colombiano— reforzó a la Iglesia católica como una de las instituciones con mayor liderazgo y credibilidad en el país” (Introducción, pág. 23). Ésta es una de esas afirmaciones genéricas que, por lo mismo, no adquieren mucho sentido, porque deja la impresión de que las jerarquías católicas son monolíticas y que todos sus miembros defienden las causas populares, cuando lo que ha sucedido radica en que mientras unos prelados (pocos, hay que decirlo), efectivamente, se han comprometido con una defensa irrestricta de los derechos humanos, otros (la mayor parte) se han mostrado complacientes con el poder, el capital y la dominación, lo que se pone de manifiesto en las fiestas patrias y las ceremonias oficiales, en las que, entre otras cosas, se bendicen las armas del ejército. Que no se venga, entonces, a decirnos que toda la jerarquía se ha caracterizado por su

defensa de los derechos humanos, porque en gran medida, y en una postura típicamente conservadora de la Iglesia católica, a menudo lo que se defienden son los derechos del gran capital y de los terratenientes.



Otros de los lugares comunes, de noticiero de televisión, que se repiten en el libro está referido al papel de Juan Pablo II durante su pontificado. Al respecto, el investigador argentino Fortunato Mallinaci sostiene que en “los últimos conflictos bélicos la voz de Juan Pablo II ha sido la única voz ‘legítima’ contra todo tipo de guerra y exterminio étnico” (pág. 38). Esto es completamente unilateral, pues desconoce, nada menos, que el papel nefasto del Vaticano, y particularmente de Juan Pablo II, en el desencadenamiento del conflicto étnico en Yugoslavia, cuando el Vaticano fue el primero, junto con Alemania, en reconocer la independencia de Croacia y de Bosnia, lo cual desencadenó el conflicto de los Balcanes; o tampoco tiene en cuenta el papel del Vaticano en el derrocamiento de Jean-Bertrand Aristide en 1991, porque éste era partidario de la teología de la liberación, y en su apoyo irrestricto a la dictadura militar de Raoul Cedras entre 1991 y 1994, o que el Vaticano nunca condenó el asesinato de teólogos de la liberación en Guatemala, El Salvador, Brasil y otros países de América Latina.

Otro de los lugares comunes que se repiten en el libro es el relativo a la supuesta crítica de Juan Pablo II al neoliberalismo, lo cual se queda

como una contemplación pasiva de algunos de sus discursos y no de la consideración de su práctica real, tanto en el Vaticano como fuera de allí, en donde hubo un respaldo a las políticas neoliberales, como sucedió en Polonia y en los países de Europa oriental, pero también en América Latina, en donde siempre se bendijo a los fundamentalistas de mercado, en la medida en que estos respaldaran el proyecto neoconservador del Vaticano, como sucedió concretamente en Brasil, Argentina y América Central.

Otro elemento harto discutible que se bosqueja en algunos de los artículos del libro está relacionado con la “emergencia de la sociedad civil”, postulando que las religiones, incluyendo la católica, expresan la creciente importancia que a nivel mundial ha llegado a adquirir la “sociedad civil” (págs. 62 y sigs.). Lo que no queda claro es de qué tipo de sociedad civil se está hablando: si de la oligárquica o de la popular, puesto que no son sinónimas, ya que la primera encarna los intereses de grandes empresarios, terratenientes e incluso de las multinacionales, mientras que la segunda representa los intereses de los trabajadores, de los campesinos sin tierra, de las mujeres pobres, de los grupos étnicos, y cuando se aplica al caso de la Iglesia también habría que considerar que los religiosos no pertenecen en abstracto a la sociedad civil, sino que se ubican en alguno de los polos de la realidad social, bien sea a favor de las clases dominantes y del poder o a favor de los pobres y desvalidos. Una cosa es ser un obispo de la teología de la liberación en el Amazonas, comprometido irrestrictamente con los humildes, y otra muy distinta ser un obispo tradicional, en la Argentina, por ejemplo, que bendice a los militares que desde aviones lanzan vivos a los presos políticos al mar. Que no se venga ahora a decir que las instituciones religiosas forman parte de una emergente sociedad civil, cuando sus intereses no son etéreos, sino que se corresponden perfectamente con la estructura de clases existente en el capitalismo

actual. Y, justamente, eso tiene que ver con la apreciación de globalización en el seno de los teólogos, ya que mientras para unos (generalmente los más directamente ligados con los poderes dominantes) se puede decir tranquilamente que “la globalización es un signo de nuestro tiempo” y que la “globalización no es ni buena ni mala. Será lo que la gente quiere que sea” (Juan Pablo II, citado en la página 40), para otros, próximos a la teología de la liberación, como Gustavo Gutiérrez, “la palabra globalización es falsa, porque nos hace creer que nos orientamos a un mundo único, mientras que al contrario lleva —en el periodo actual de la civilización— una parte de la humanidad al circuito económico y de los beneficios de la civilización contemporánea” (citado, pág. 75).



Para terminar con este recuento de lugares comunes que aparecen en el libro reseñado, mencionemos la perla, propia de *vedette* de televisión, que nos presenta Fabián Sanabria, cuando, en uno de los artículos más insustanciales e innecesarios de este libro, sostiene que “el 11 de septiembre inauguró, definitivamente, una nueva época geopolítica en el mundo contemporáneo. El binomio indisoluble de economía global y seguridad internacional pareciera ser el derrotero a seguir para las naciones que se reclaman ‘democráticas’, y nunca antes especialistas y profanos de las viejas y nuevas formas de violencia que proliferan en el planeta habían usado (y abusado) tanto [sic] la palabra ‘terrorismo’”

(pág. 346). Eso de que el 11 de septiembre de 2001 inauguró una nueva época es una afirmación sin mucho sentido, que desconoce e ignora la historia de la humanidad, y más específicamente la del imperialismo estadounidense, que desde un siglo antes de esa fecha, por lo menos, ha estado agrediendo al resto del mundo, y en especial a América Latina. Al mismo tiempo, lo que se finiquitó ese día fue lo que nuestro autor anuncia como novedoso: la economía global. Si esta alguna vez en realidad existió, murió el 12 de septiembre de 2001, cuando el gobierno de los Estados Unidos aprobó una ayuda de ochenta mil millones de dólares para recuperar la economía de su país, en una clara muestra de keynesianismo militar, y con esto demostró que la economía global era una construcción estadounidense que dejó de existir cuando a este gobierno ya no le convino esa falacia. Por eso no tiene ninguna lógica decir que el binomio que se fortalece esté configurado por la economía global y la seguridad internacional, porque a los Estados Unidos poco les importa la primera; simplemente quieren fortalecer su poder y el de sus multinacionales, como se está demostrando, por si hubiera duda, en Iraq, y a eso es a lo que llaman un nuevo proyecto de defensa nacional. De modo que ese tal binomio no existe sino en la cabeza de sociólogos mal informados y prestos a repetir la propaganda diaria de la televisión. Y en cuanto al terrorismo, se olvida que no es la primera vez, y de seguro no será la última, que los Estados Unidos y sus vasallos acuden a la cantinela del terrorismo para justificar sus crímenes y sus acciones contra los países periféricos, como aconteció con la guerra declarada de Reagan en la década de 1980 contra Nicaragua, país considerado como representante del terrorismo internacional y del imperio del mal en América Latina.

En esta reseña solamente hemos hecho mención a los artículos directamente relacionados con el título del libro, concentrándonos en las evidencias de sentido común que allí

se encuentran, para mostrar que el uso de términos de moda (globalización, sociedad civil, sociedad civil mundial, Estado social de derecho...) no es garantía ni de rigor ni de seriedad analítica, puesto que ese vocabulario ligero —propio del “pensamiento débil”— simplemente tiene como finalidad el congraciarse con los poderes dominantes, y más si éstos proporcionan recursos económicos para organizar simposios y encuentros académicos, donde pueden desfilan las rutilantes estrellas de la academia que hoy hacen un libro sobre religión y mañana de pronto hacen uno sobre recetas de cocina desde alguna universidad de los Estados Unidos, puesto que en los dos casos queda a las mil maravillas el término insustancial de globalización, que puede ser usado para estudiar el sexo de los ángeles o el carácter maléfico de Satanás.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor,
Universidad Pedagógica Nacional

De fácil comprensión

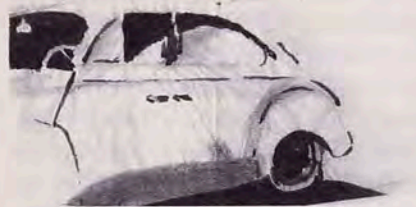
Las piezas del rompecabezas.

Desigualdad, pobreza y crecimiento

Armando Montenegro y Rafael Rivas
Editorial Taurus, Bogotá, 2005,
341 págs.

Cuando me recomendaron leer *Las piezas del rompecabezas. Desigualdad, pobreza y crecimiento*, para comprender y aprender sobre nuestra evolución económica durante los últimos cien años, imaginé que tendría que enfrentarme con cifras, conceptos, cuadros estadísticos y fórmulas matemáticas que me provocarían algo así como el rompimiento de mi cabeza. Pero no. No fue así. Me encontré con un texto de fácil comprensión para todos los interesados por lo que sucede en Colombia, aun legos en economía como yo, donde se tratan, en lenguaje directo y claro, agudos problemas de nuestro país.

Asimilando la economía colombiana a un gran rompecabezas en el cual faltan fichas por ajustar bien y otras aún por encontrar, Armando Montenegro y Rafael Rivas escribieron un libro en que consignaron los resultados de sus investigaciones y estudios sobre las figuras que han desempeñado un papel determinante en nuestra economía, la forma como se han colocado en el tablero de nuestra realidad histórica —algunos políticos parece que las han colocado al contrario— y sugieren cuáles son las fichas que falta encontrar, con la esperanza de llegar algún día a terminar de armar el rompecabezas.



El subtítulo del libro dice: desigualdad, pobreza y crecimiento. Podemos decir que éstas son tres piezas del rompecabezas que no encajan bien. Los tres primeros capítulos del libro se dedican a estos temas. Sobre la desigualdad, los autores plantean que la economía colombiana carece de una adecuada distribución del ingreso, en parte porque una buena porción del gasto público no beneficia a los pobres, que son el 60% de la población, pero sí favorece la situación y las condiciones de las clases media alta y alta; es decir, se deja de dar lo que les corresponde a los pobres cuando se favorece desproporcionadamente a un sector minoritario de la sociedad: el oligárquico. Así, una de las piezas del rompecabezas que no cuadra dentro del esquema económico colombiano es la figura pensional. Sostienen Montenegro y Rivas que Colombia mantiene una estructura pensional que favorece escandalosa-